

La Revista

DIRECTOR: **Julio HERRERA Y REISSIG**

SUMARIO

Juan Zorrilla de San Martín . . .	El Cantar de los Cantares . . .	129
Manuel J. Sumay	Viñeta	134
Carlos Martínez Vigil.	De mi cartera	135
Salvador Fornieles.	A Grecia.	139
Julio Herrera y Reissig.	Conceptos de crítica	139
Ruperto Pérez Martínez.	A Colón	150
Alejandro Lamas	¿Será cierto?	154
Adriano M. Aguiar.	Kara-Koutié	156
Florencio Otero Mendoza	¡Famoso don!.	158
La Redacción.	Notas de Redacción.	160

MONTEVIDEO
ADMINISTRACIÓN DE LA REVISTA
96 — CALLE CÁMARAS — 96
1899

y enlazando mis manos con tus manos
embriagados por mutuos embelesos,
aquel precioso vals: «Sobre las olas»
hablaba de ternuras y de besos!...

El vals sobre el atril. En tu mirada
destellos de pudor,—¡castos hechizos!—
¡mi alma con la tuya connubiada!
¡mis labios sobre el oro de tus rizos!
Después,—¡oh sacra virgen de mis sueños!—
el Amor columpiándose entre flores,
y en mi pecho tus cándidos ensueños
endulzando la hiel de mis dolores...
Delirios de placer. La mente inquieta
encarnaba las ansias de un idilio:
tú soñabas con ser una Julieta,
yo en tus brazos creíame un Virgilio!
Desflorando el cristal con sus destellos
navegaba la luna lentamente,
mientras el oro triunfal de tus cabellos
tersaba las arrugas de mi frente!

Feliz instante aquel! Hadas divinas
cubrieron tus mejillas de amapolas,
en tanto que apagaban las cortinas
las notas de aquel vals: «Sobre las olas»...

MANUEL J. SUMAY,
Argentino.

Buenos Aires, Otoño del 99.

DE MI CARTERA

Según una ley de Taine, el escritor comienza por la originalidad. Y á la verdad, fuera de la edad de la juventud primera, los autores no hacen más que imitar. Cansado de imitar á los demás, el escritor concluye por imitarse á sí mismo. Entonces dice el público que tiene estilo propio.

Dadme, en determinada sociedad, un individuo con talento vulgar, ilustración vulgar, de costumbres y moralidad vulgares, y os presentaré el modelo que esa sociedad necesita. El pueblo de todas partes se quiere á sí mismo queriendo á esos seres en quienes se cristaliza, por decirlo así, la vulgaridad media.

Hemos descendido desde las alturas por nuestra voluntad; hagámonos, pues, dignos de las alturas por nuestros propios méritos. Las genealogías celestes van perdiendo, día á día, su en otro tiempo avasallador prestigio. Es que las modernas escuelas no conciben la dicha en las tenebrosidades del pasado, mirando al cual, nuevos Orfeos, hemos perdido nuestra Eurídica. Ellas despojan al hombre, poco á poco, de las insignias con que se exornó vanamente en los tiempos que fueron; de ellas es el porvenir, pletórico de esperanzas; para ellas, en fin, Adán no ha venido al mundo todavía, sino que lo será en lo futuro el hombre libre y civilizado que viva en medio de la felicidad.

Así como suelen estallar las tinajas en que se encierra el mosto, y las fuerzas desarrolladas traen lo del fondo á la superficie, así también suele perderse, en ciertos momentos, el nivel moral de las sociedades, y á la faz de la tierra sube lo obscuro, lo ruin, lo bajo, lo que siempre debieron guardar en su profundo seno las tinieblas.

Acostumbran los dibujantes pintar á toda persona que escribe versos, con una lira al lado. Si yo fuera pintor, confieso con ingenuidad, que prodigaría menos el clásico instrumento: muchos llevarían por compañía un lirón, y acaso no faltarán algunos exornados con el símbolo de la mecana histórica.

No parece sino que muchos hombres suben al Poder para poner en práctica las ideas de cierto porquero que siempre decía: «¡Si yo fuera gobierno!... ¡Si yo fuera gobierno!...» — «Si tú fueras gobierno, ¿qué harías?», le preguntó uno, cansado de oírlo. — «Si yo fuera gobierno, replicó, conduciría los cerdos de á caballo».

Es un hecho de observación, que disminuye día á día el número de las imposibilidades morales, y va acercándose lentamente al de las imposibilidades físicas.

«La credulidad, ha dicho Marmontel, es el partido de los ignorantes; la incredulidad decidida, el de los semi-sabios; la duda metódica, el de los sabios». Saber dudar, he ahí en lo que consiste la verdadera sabiduría.

¡País digno de estudio el nuestro! Ya alguien ha observado que en ninguna parte más que acá se oye hablar de arroyos secos y de esquinas redondas. Faltaba agregar que sólo aquí también una cucharada de carne líquida es una costilla de vaca!!

El matrimonio es un tratado desigual, en el que, al revés de lo que sucede ordinariamente, los débiles imponen á los fuertes sus caprichos.

Cosa rara: la mayor parte de las personas tiranizadas se quejan de tiranías que han creado.

Tras las aparentes amistades suelen ocultarse odios profundos, como debajo de la serena superficie de los mares, las revueltas aguas de las corrientes submarinas.

Llevados á los puestos públicos muchos políticos, defensores en el llano de los más santos ideales y partidarios entusiastas de las más avanzadas ideas, podrían, al dar cuenta de sus actos, responder al pueblo lo que Ariosto á cierto arquitecto que le preguntaba cómo teniendo para otros, en su Orlando, suntuosos edificios, construía para uso propio una casucha. — «Maestro, le respondió: gran distancia hay de poner palabras á colocar mármoles: ahora pongo piedras, y antes de ahora he puesto fantasías».

Oigo, con frecuencia, llamar á los militares que constituyen el ejército, el elemento de acción. Una variación se me ocurre: ¿no sería más acertado llamarlos los accionistas de la patria?

Los hombres de ideas peores suelen ser no los de ideas más erróneas, sino los que no tienen ninguna fija: murciélagos que en el mundo de la intelectualidad no son mamíferos ni pájaros.

El matrimonio es un espejo esférico cuya superficie cóncava la ocupa la esposa y la convexa el marido. He ahí por qué en él se ven tan pequeño el hombre y tan grande la mujer.

Hay la misma razón para llamar Puente de las Duranas (que otros dicen de las Duraznas), al Puente de las Duranes, que la que hubiera habido para apellidarlos de las Vascas, de las Velas, de las Peras ó de las Monas, si sus antiguas poseedoras, en vez de ser de Durán, hubieran pertenecido á las familias de Vásquez, de Vélez, de Pérez ó de Mon.

¡Ironía de las cosas! Carneiro Leão fué el ministro brasileño encargado de exigir una respuesta categórica, pronta y decisiva, á nuestro Gobierno el año 1852, sobre los tratados del 51, por los cuales conseguía la desleal diplomacia del Imperio, territorios que abandonó el año 25 por la fuerza de las armas. ¿Y quién no ve en esos dos apellidos simbolizada la política brasileña? ¿Quién no ve en ellos la docilidad del *carnero* para con los poderosos, la bravura del *león* y su indómita fiereza para con los débiles?

Algunos confunden el carácter con el mal carácter, y creen que tienen carácter los que son malos como bichos de parra, como confunden otros la independencia con la facultad constitucional de gritar desde abajo. A los hombres se les desgastan las puntas y brusquedades rodando, lo mismo que á las piedras. La verdadera independencia, la que mide el temple moral de los ciudadanos, se conoce en los altos puestos públicos y en ocasiones en que los puestos peligran. El carácter, el verdadero, no el falso, consiste en ser malo precisamente en circunstancias en que los malos de oficio suelen ceder.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.